

FRANCO NEMBRINI

EL ARTE DE EDUCAR DE PADRES A HIJOS

Prólogo de José María Alvira



EE
ENCUENTRO

EDUCACIÓN

Ensayos
514

Educación
Serie dirigida por
Javier Restán

¡Cómo agradezco a mi padre haberme acostumbrado a preguntar las razones de todo, cuando todas las noches antes de acostarme repetía: «Te debes preguntar por qué»!

Luigi Giussani, *Educación en un riesgo*, 2006

El debate sobre el significado y valor de la educación, sobre el sujeto responsable de la tarea educativa o el papel del Estado en la educación de los ciudadanos, acompaña a nuestras sociedades occidentales desde hace más de 200 años inmerso en controversias muy radicales. La experiencia educativa es consustancial a la relación humana, a la experiencia de la familia o a la pertenencia a una comunidad, y sin embargo hoy, en Occidente, resulta absolutamente necesario volver a preguntarnos qué significa educar. Profundizar en esta pregunta y buscar una respuesta a la misma es la finalidad de esta Colección Ensayos Educación dentro de Ediciones Encuentro. No queda fuera de este gran interés por la educación ningún aspecto, desde el más histórico hasta la reflexión filosófica, desde las cuestiones más pedagógicas y didácticas hasta el debate sobre la organización de los sistemas educativos.

Javier Restán
Director de la Colección Ensayo Educación

Con la colaboración de:

ASOCIACIÓN
DE PADRES
DE ALUMNOS  A.
P.
A.

COLEGIO INTERNACIONAL
J.H. NEWMAN

FRANCO NEMBRINI

El arte de educar

De padres a hijos

Prólogo del cardenal Camillo Ruini

Prólogo a la edición española de José María Alvira Duplá


ENCUENTRO

Título original
Di padre in figlio

© 2014

Franco Nembrini

y

Ediciones Encuentro, S. A., Madrid

Traducción

Silvia Guerrero Fontana

Revisión

Carmen Giussani y Javier Restán

Diseño de la cubierta: o3, s.l. - www.o3com.com

ISBN DIGITAL: 978-84-9055-246-9

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro
Ramírez de Arellano, 17-10.^a - 28043 Madrid
Tel. 902 999 689
www.ediciones-encuentro.es

A mis padres, Clementina y Dario,
que me dieron la vida y con ella el sentimiento
de su grandeza y positividad.

A Clementina Mazzoleni, mi profesora de italiano,
a quien debo la pasión
por la literatura y por la enseñanza.

A don Luigi Giussani,
que ha dado a este sentimiento y a esta pasión
la estabilidad y la certeza de la fe

ÍNDICE

Prólogo del cardenal Camillo Ruini	9
Prólogo a la edición española de José María Alvira Duplá.....	13
Nota editorial	19
Hijo de grandes maestros	23
Un asunto de hombres verdaderos (primer encuentro del curso sobre <i>Educación es un riesgo</i>).....	43
El riesgo de educar (segundo encuentro del curso sobre <i>Educación es un riesgo</i>).....	67
Juntos es posible (conclusión del curso sobre <i>Educación es un riesgo</i>).....	109
Jesús es el Señor	133
Somos todos padres putativos.....	145
No es bueno que el hombre esté solo.....	159
El aprendizaje, una relación amorosa	167
La evaluación, afirmar el valor del otro.....	179
Por qué me hice profesor.....	197
Pinocho, ese desconocido.....	219

PRÓLOGO

Cardenal Camillo Ruini

Tuve la ocasión de conocer al profesor Nembrini en el congreso de la Diócesis de Roma sobre educación de 2007. Ese día, el Santo Padre Benedicto XVI había intervenido recordando a todos los presentes que la educación, y especialmente la educación cristiana, exige en primer lugar esa cercanía propia del amor. Después explicó que la relación educativa es un encuentro de libertades, que implica necesariamente nuestra capacidad para dar testimonio. Por último, abogó por una «pastoral de la inteligencia», esto es, por un trabajo para ampliar los espacios de la racionalidad, desde la técnico-práctica hasta la que afronta el problema del bien y de la verdad. Después intervino el profesor Nembrini, y el dato que resultó patente fue la consonancia de sus palabras con el discurso del Papa, aunque sea desde una perspectiva diferente: era como si lo que decía Benedicto XVI desde lo alto de la milenaria sabiduría de la Iglesia se viese confirmado por así decir «desde abajo», por una voz puntual y concreta que mostraba cómo los criterios que el Santo Padre había recordado podían conformar la experiencia cotidiana. Los temas abordados por Nembrini en aquel momento se retoman, ampliados y más desarrollados, en las páginas de este libro, que puede ser una lectura de lo más provechosa para todos los educadores cristianos.

A propósito del primer punto señalado por el Papa, el profesor Nembrini subraya en varias ocasiones que el otro nombre de la

educación es el de la misericordia, en virtud de la cual un muchacho adquiere la certeza de que Dios le ama, va a su encuentro y le acoge tal y como es, con todos sus problemas, sus errores y debilidades. No hay que entender estas palabras como un simple *buenismo*, que es lo contrario de la educación, sino en el sentido de esa gratuidad y capacidad de entrega que son requisitos indispensables para aquellos que realmente quieren ser educadores.

En cuanto al tema de la libertad, verdadera clave de sus intervenciones, Nembrini nos advierte de dos errores que corremos el riesgo de cometer por miedo a los daños que pueda ocasionar la libertad de los que amamos y que intentamos educar: el primero es hacerse la ilusión de que actuamos por su bien cuando impedimos el desarrollo de su libertad; el segundo, mucho más habitual hoy en día, es el justificar y aprobar sus decisiones, aunque estén equivocados, por temor a perder su afecto y confianza, negándole así al chico, al adolescente, al joven o incluso al adulto, ese punto de referencia que es esencial para que pueda crecer.

Después, para abordar el tema del testimonio, Nembrini retoma sistemáticamente el concepto de don Luigi Giussani de «coherencia con el ideal», que no indica una imposible coherencia ética, pero sí una coherencia que tenga la honestidad y la humildad de reconocer los propios errores y que empuja al educador a poner en práctica, en primer lugar, esa conversión indispensable para el discípulo de Jesucristo, que sabe bien que él no es el Maestro y que tiene que dar testimonio del único Maestro.

Por último, creo que el reclamo a una «pastoral de la inteligencia» encuentra su eco en la afirmación de don Giussani, que en este libro se retoma varias veces, sobre el hecho de que la educación es «introducción al significado de la realidad total»: la pastoral de la inteligencia no es algo añadido, separado del amor, de la libertad, del testimonio personal; si queremos formar personas adultas y cristianos bien arraigados, es indispensable que estos elementos vayan unidos.

Prólogo

Todo esto no aparece en las páginas que siguen a partir de un estudio libresco, sino a partir de mil ejemplos de la realidad de cada día: la infancia de una de esas familias de antaño, cuya forma de vida era la tradición cristiana ; además, como en tantos casos, la crisis en los años cruciales en torno al 68, que también asolaron la manera de vivir la dimensión religiosa; después, a través del encuentro con un maestro, don Luigi Giussani, el redescubrimiento de la pertinencia que tiene la fe cristiana con las exigencia más vivas de la persona. De ahí, un compromiso incansable a la hora de proponer a las jóvenes generaciones, a los hijos o estudiantes este exaltante descubrimiento. Confirma, por tanto, que lo que dijo al final del congreso de 2007 — «somos muy conscientes de la actual emergencia educativa y de que esta emergencia hace difícil la propia formación cristiana, pero no por eso hay que asumir una postura de renuncia y a la defensiva. Por el contrario, esto tiene que provocar que hagamos más visible ese “sí” que le dijo Dios, en Jesucristo, al hombre y a su vida, al amor humano, a nuestra libertad y a nuestra inteligencia. Este “sí” nos empuja a asumir con confianza y esperanza teologal todo el espesor del “riesgo de educar”, sabiendo que así también estamos haciendo un gran servicio a nuestro país» — no es una exhortación, sino la descripción de una realidad que mucha gente vive y que es posible para todos.

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

José María Alvira Duplá

Secretario general de *Escuelas Católicas*

¿Por qué el esfuerzo de vivir, la muerte, el dolor, la fidelidad, el sacrificio? ¿Cuál es la verdadera razón por la que me has traído al mundo, para que yo pueda llevar el peso de la vida con dignidad, con esperanza y con fortaleza? Acompáñame en esto: es lo único que te pido.

Con estas palabras que su hijo pequeño parece dirigirle con su mirada silenciosa, inicia Franco Nembrini sus *confesiones* — así me atrevería a llamarlas— de educador. Porque éste no es un tratado de pedagogía, ni siquiera un estudio sistemático sobre la educación o sobre el papel de quien la lleva a cabo. No es de especialistas ni para especialistas. Son las declaraciones sinceras y apasionadas —las *confesiones*— de un padre, un profesor, un educador.

A pesar de no seguir un orden previamente planificado, los escritos recogidos en este libro nos van descubriendo cómo entiende el autor la educación y cuál es el papel del educador. Lo hace a través de diversas conferencias, lecciones, testimonios y diálogos, tomados de situaciones variadas y dirigidos a destinatarios distintos. Poco importan los inevitables solapamientos. Porque precisamente la ausencia de un desarrollo sistemático nos ayuda a conocer con mayor nitidez cuáles son las insistencias y convicciones profundas de Franco Nembrini, contrastadas con su propia vida o nacidas de

ella. Hay mucho de testimonio personal, de su propia experiencia de educador como profesor y padre, dos condiciones que vienen a identificarse, de hijo y de alumno...Y aunque en educación no hay recetas, porque es algo siempre abierto e imprevisible, tampoco faltan cuestionamientos sobre situaciones reales ante las que, con sus respuestas, nos lleva más allá de las inquietudes particulares planteadas.

El autor se presenta, para empezar, como padre. La paternidad y la educación vienen a ser, de alguna manera, lo mismo. Se trata de la paternidad que ofrece al hijo, o al alumno, una buena razón para vivir, la seguridad de la roca que permanece. Porque, para él, eso es la educación: un hombre, un adulto, que *está*, que permanece junto a los niños y jóvenes y les ofrece el testimonio de su coherencia, no ética o de comportamientos, sino de criterio. No se trata de ser un experto, sino *un hombre viviendo*, con toda la fuerza que encierra esta expresión.

Y el padre, como cualquier educador, es un ser imperfecto. A los hijos, a los alumnos, hay que saber decirles: *soy un miserable como tú* —parecen resonar en nosotros las palabras, *soy un pecador*, con las que se presenta el papa Francisco—, *pero estoy mirando hacia Otro más grande que yo, que me perdona*. Educar es acompañarles para que aprendan a mirar lo mismo que miramos nosotros como lo más importante en nuestra vida, sin paternalismos que dejan huérfanos o atosigan con la permanente vigilancia protectora. Hay que permitir marchar a los jóvenes o dejar que estén solos cuando lo necesitan.

Hay varios capítulos dedicados a la manera en que entiende la educación Luigi Giussani, de quien el autor confiesa haber recibido la estabilidad y la certeza de la fe. Para él, la labor educadora es, más que una tarea, una relación. A través de ella, el adulto introduce al otro en la realidad, afirmando su significado mediante una *hipótesis explicativa*. No se trata de una teoría científica, sino de una hipótesis de sentido: la vida es algo positivo, existe la posibilidad del bien.

Para crecer como personas el niño y el joven necesitan recibir la seguridad que sólo es capaz de ofrecer, con su vida más que con palabras, un adulto: una afirmación del valor último de la realidad, de la posibilidad de una esperanza. Es una certeza sobre el sentido de la realidad, un fundamento para la felicidad; se trata de asegurarle que vale la pena haber venido al mundo. El gran derecho de un niño es el de contar con un adulto que dé testimonio de la bondad de la vida. Pero la referencia no es él. La educación es ayudar a dirigir la mirada más allá, a otra realidad que le da sentido. La autoridad, en virtud de su coherencia, cumple la función de hacer visible y concreta esta afirmación.

La educación requiere de la misericordia; es más, se podría decir que se identifica con ella porque empieza con la disposición a aceptar a uno como es y a perdonar antes de merecerlo. El amor es la mejor garantía para tener una visión positiva de la vida y creer en la posibilidad de ser felices. El abrazo del perdón está en el origen de la educación, no como un acontecimiento ocasional sino como punto de referencia original. Porque es la felicidad la que hace posible la virtud y no al contrario. Este es el fundamento de la educación moral y no la llamada insistente a cumplir unas normas. Hoy, la pedagogía nos diría que la felicidad agranda las posibilidades de nuestra inteligencia y de nuestro desarrollo personal. La experiencia del bien, de la verdad y de la belleza es lo que lleva al buen comportamiento.

La afirmación sobre el significado de la realidad precisa de la propia experiencia. Por eso, para que alguien pueda llevarla a cabo hace falta vivirla en el ejercicio de su libertad, en el ambiente real y en la normalidad de la vida ordinaria. Ahí es donde están los intereses, afectos y trabajos del joven, donde puede realizar la verificación personal de que eso es lo que le conviene. Naturalmente, la libertad comporta riesgos, pero para educar hay que arriesgar y esperar. La virtud del educador es la paciencia.

Franco Nembrini hace también unas consideraciones sobre su condición de profesor. La educación, en este caso, se realiza sobre

todo a través de la enseñanza, que es un camino privilegiado hacia la verdad. No se trata de hacer exhortaciones sino de transmitir a través de las materias escolares un sentido de la realidad, mostrando las razones para la esperanza y poniendo la propia vida en ello. Entonces podrá suscitar el interés de los alumnos y comenzará a despertar en ellos las preguntas adecuadas. También el profesor —o mejor, los profesores, porque no se educa de una manera aislada— están ejerciendo de esta manera una cierta paternidad. La relación afectiva con quien enseña es la mejor motivación para aprender. También aquí queda patente que la educación es una relación.

Y también se muestra en otras tareas que debe hacer un profesor. De manera particular, a través de la evaluación, que es reconocimiento, afirmación del valor de la persona del alumno. La evaluación es una mirada a cada alumno; es compañía para ayudarlo a caminar y, en este sentido, coincide con la educación. En la evaluación, el profesor debe ser capaz de armonizar la misericordia y la justicia, algo siempre difícil y que llega a parecer contradictorio. Probablemente, el término que mejor aúna estas dos disposiciones es el amor: amar lo que es el otro, afirmar su valor y su destino, mostrar el camino que ha de recorrer para que conozca y se adhiera a la verdad.

En el último capítulo, el autor nos explica —se trata de otra confesión— cómo fue el camino de su dedicación al estudio y a la docencia del italiano. Uniendo admirablemente su amor por la literatura y por la educación, hizo el recorrido como una aventura vital, decisiva y en la que le ha ido la vida.

Franco Nembrini se siente —como tuve ocasión de comprobar personalmente cuando lo conocí en Roma hace ahora un año— educador, padre y profesor de manera inseparable. Y lo es realmente. Es fácil comprobarlo a través de las páginas que siguen. Bastaría con leer las palabras que nos deja casi al terminar el libro: *Al final hay una sola razón que rige todo lo demás: el amor por una mujer, el amor por los amigos, el amor por el estudio, el amor por los pobres*

Prólogo a la edición española

del tercer Mundo. El amor o existe o no... Tras el increíble encuentro con la verdad, la belleza y el bien, podrás volver a decirles a los hombres que la vida es grande y positiva, que la última palabra no la tiene esa selva oscura, sino una luz infinita, una belleza infinita, un amor insondable.

NOTA EDITORIAL

Estas páginas son el testimonio de un educador, el relato de la experiencia humana y profesional de Franco Nembrini, un profesor italiano de Bergamo. Cuarto hijo de una familia de 10 hermanos, a los dieciséis años tuvo que abandonar los estudios para ponerse a trabajar por necesidades familiares. Pero trabajar tan joven no le impidió graduarse, estudiando en su tiempo libre, ni experimentar una fascinación profunda por la literatura, al contrario. Descubrió, estudiando de manera «loca y desesperada», que Dante y Leopardi hablaban de él mejor que él mismo y ya no los abandonó. Después se graduó en la facultad de pedagogía de la Universidad Católica de Milán y empezó a dar clases de religión. Se casó y ha tenido tres hijos, fue responsable de la comunidad de Comunión y Liberación en la ciudad de Bergamo. Unos años después un grupo de familias de su zona le pidió iniciar una escuela en la que pudieran educar a sus hijos dentro de la tradición cristiana a la que pertenecían. Así nació el colegio *La Traccia*, del cual Franco Nembrini sigue siendo director. Y después, tantas otras responsabilidades: presidente de la Federación de Obras Educativas (FOE) en Italia, miembro del Consejo Nacional de la Escuela Católica en su país

El libro que presentamos reúne una serie de textos hablados, dichos en público. Este aspecto es fundamental. Son textos hablados, como se narra la propia vida. Y esto le da una fuerza torrencial, a veces

aparentemente desordenada y desigual (como todo libro de recopilaciones) pero apenas nos introducimos en las primeras páginas podemos advertir que se trata de un libro lleno orden y luminosidad. Un orden que nace de esa facilidad con la que Franco Nembrini, partiendo de problemas distintos y hablando a públicos muy diferentes, va rápido y directo al corazón del problema educativo, ese que casi todos eluden, corriendo de puntillas, para hablar enseguida de metodologías y estadísticas.

Así pues, un libro de un orden profundo, pero también un libro luminoso, pues los textos que se suceden son como partes de una vidriera que, a través de fragmentos de muchos colores va llenando el espacio de una luz preciosa, que nos permite ver la realidad educativa, la tarea escolar, las relaciones familiares, de una manera positiva, llena de esperanza.

Después del primer capítulo, un testimonio personal de su vida y su vocación educativa que sería suficiente por sí solo para justificar el libro, el cuerpo central del texto se estructura en tres capítulos que transcriben un curso dirigido por Nembrini a padres y profesores sobre el libro *Educar es un riesgo*, principal obra de temática educativa de Luigi Giussani, sacerdote italiano, fundador de Comunión y Liberación.

A continuación, se recoge su intervención en el Congreso de Educación de la diócesis de Roma, celebrado en 2007, donde Franco Nembrini intervino a continuación del Papa Benedicto XVI, como recuerda en su prólogo el cardenal Camillo Ruini, en total consonancia con los subrayados que el Santo Padre había realizado. Después de este capítulo, se suceden otros dos dirigidos a miembros de la *Asociación Familias para la Acogida*, y de la *Compañía de las Obras* (la única intervención de las que se recogen en el libro que fue pronunciada en España). En este caso no se trata de colegios u organizaciones dedicadas profesionalmente a la enseñanza, y sin embargo, el autor desvela el potencial educativo que alberga toda tarea humana cuando es vivida hasta el fondo. Siguen tres capítulos

donde se abordan de manera completamente original aspectos clave de la tarea educativa, desde el concepto de aprendizaje, hasta el sentido de la evaluación escolar y, por supuesto, el impactante testimonio de su vocación educativa: «simplemente quiero narrar cómo me enamoré de la literatura y de mi trabajo de profesor».

El último capítulo es una lectura personal del *Pinocho* de Carlo Collodi, un ejercicio de revisión en profundidad de los grandes de la literatura italiana que tiene también un importante espacio en otros capítulos del libro, con autores como Dante y Leopardi, que han sido siempre compañeros de camino de Nembrini.

Y un apunte llamativo, no del texto sino de quienes lo han leído a corazón abierto: no es casualidad que los dos prólogos de este libro lo pongan en relación, con la vida y el testimonio de los dos últimos Papas. El prólogo italiano del cardenal Ruini, lo hace con Benedicto XVI, y el prólogo español de José María Alvira con la entrevista al Papa Francisco en la *Civiltà Cattolica*.

Este libro de Franco Nembrini puede suponer en España y en los países de habla española, un horizonte nuevo para el debate educativo.

Javier Restán
Director de la colección Ensayo Educación
de Ediciones Encuentro

HIJO DE GRANDES MAESTROS¹

Actualmente se está debatiendo en Italia la llamada «reforma Moratti»². Pero si realmente queremos entrar en un debate sobre el sistema escolar es necesario que antes tengamos claro de qué estamos hablando, porque el verdadero problema de la escuela es la educación. La tragedia de nuestro tiempo es que ya no se educa. Es necesario que al menos los adultos, que en esta cuestión tenemos toda la responsabilidad, partamos de este dato: posiblemente somos la primera generación de adultos que vive de manera tan dramática el problema de la tradición, es decir, de la transmisión de una generación a otra del patrimonio de conocimientos, de valores y certezas, de la transmisión de una percepción positiva y buena de la vida. Ya no se puede dar por descontado, ya no es obvio que se dé esa clase de milagro que ha sido siempre la educación y que ha garantizado, para bien y para mal, incluso en momentos históricos terribles, que el mundo siga adelante.

Hay razones que lo explican. Por ejemplo, una cierta cultura ha llevado a cabo la destrucción sistemática del concepto de padre. Y precisamente la educación se juega en este punto: hay educación, si

¹ *Encuentro en la parroquia San Ignacio de Loyola*, Milán, 20 de febrero de 2004.

² Se refiere a la ley italiana nº 53/2003 que, siendo Letizia Moratti Ministro de Educación, reformó el sistema nacional escolar.

hay un adulto. Primero se destruyó la idea de Dios, de una Paternidad grande a la que el hombre pertenece o desea pertenecer, y como consecuencia, se ha derrumbado todo lo demás. Se substituyó a Dios por algunas grandes ideologías que parecían capaces de sostener la esperanza o el impulso ideal del hombre, como sucedió con el comunismo; pero esto sólo consiguió que se viera mermada la certeza que tiene el hombre a la hora de decirles algo bueno e inteligente a sus hijos en su propia casa. Como dice el gran Woody Allen: «Dios ha muerto, Marx ha muerto y yo no gozo de buena salud». En tres frases sintetiza cómo la cultura de nuestro tiempo ha destruido de forma sistemática la idea de paternidad. Hemos crecido, nuestros hijos especialmente, leyendo Mickey Mouse, que es un cómic repleto de tíos y tías, generalmente solteros, pero en el que no encuentras ni un solo padre: es una cultura que ha favorecido la desaparición de la idea de paternidad. Hay que volver a empezar por aquí, por la educación. Don Giussani³ ha dicho recientemente: «Si se diera una educación del pueblo, todos vivirían mejor»⁴. Es necesario que cada uno lo intente, teniendo siempre en el rabillo del ojo a las personas, los episodios, los momentos en los que nos ha parecido ver la educación en acto, en personas reales.

Quiero empezar haciendo referencia a mis padres porque, evidentemente, mi vida floreció, en primer lugar, con ellos, en una

³ Luigi Giussani (1922–2008), sacerdote italiano, fundador del movimiento eclesial Comunión y Liberación.

⁴ «Volvería a brotar el canto de nuestro pueblo si el horizonte de la actividad de la ONU fuera la educación del corazón de la gente, en lugar del enfrentamiento mortal –como favorecen los que deberían aplacarlo– entre musulmanes y herederos de los antiguos pueblos, ya sean hebreos o latinos. ¡Y esto constituiría la verdadera riqueza de la vida de un pueblo! Si se diera una educación del pueblo, todos vivirían mejor. El miedo o el desprecio de la Cruz de Cristo jamás proporcionarán la alegría de vivir que se expresa en una fiesta popular o en una reunión familiar. El testimonio de Dante Alighieri se ha renovado en el dolor de la señora Coletta: “En ti misericordia, en ti piedad / en ti magnificencia, en ti se aúna / todo lo que en la criatura humana es bondad”». Luigi Giussani, Telediario de TV2, 20.30h - 18 de noviembre de 2003, tras el atentado en Nassirya en el que 19 soldados italianos perdieron la vida. Disponible en el número de diciembre de 2003 de la revista Huellas.

situación muy difícil, porque mi padre enfermó con cuarenta años de esclerosis múltiple, enfermedad que le acompañó toda la vida. Llegó un momento en el que no podía ni caminar y, por tanto, perdió su trabajo. Después empezó a trabajar de bedel y se convirtió en una figura de referencia para todo el colegio. En este sentido, como veis, yo soy hijo de alguien que me enseñó el arte de educar. Si tuviese que escoger algún recuerdo de mi pobre padre, que no sean todas las partidas a cartas que echábamos juntos y lo mucho que disfrutaba hablando de su amistad con don Giussani, al que conoció personalmente y quiso muchísimo, sería uno de cuando yo era pequeño. Cuando nos íbamos a la cama a dormir —teníamos una habitación para los chicos y otra para las chicas, en un apartamento de sesenta metros cuadrados, y en la habitación de los chicos había dos literas de tres pisos— mi padre venía a rezar con nosotros. Pues bien, el recuerdo más vivo que tengo de él es que cuando entraba se arrodillaba en medio de la habitación y empezaba: «Padre nuestro, que estás en el cielo...». Esto siempre me sorprendió mucho porque mi padre no era de dar sermones, hablaba muy poco (cuando intentaba hablar italiano era graciosísimo porque crecimos en Bérgamo y, para nosotros, el italiano era una lengua extranjera, no todos lo estudiaron o lo aprendieron suficientemente como para hablarlo correctamente. Mi padre no lo hablaba muy bien y, durante algunas conversaciones con don Giussani, este último se partía de risa al escucharle hablar italiano); el hecho de que mi padre se pusiese a rezar el Padre Nuestro, sin echarnos sermones, sin hacer ningún comentario, era para nosotros de lo más natural. Mi padre nos educó invitándonos simplemente —y siempre implícitamente— a mirar aquello a lo que él miraba. Era como si dijese: «Queridos hijos, estamos todos en el mismo navío, embarcados en la misma empresa; el único problema que tenéis es tomar la dirección adecuada. Yo lo estoy intentando y así se vive bien. Seguidme pues y os irá bien también a vosotros, os haréis mayores también vosotros».